

aquellos hombres feroces cantaban y bailaban alrededor de él» (1).

Jefferson dice y repite que la nación francesa es la más benévola, la más dulce de todas. ¡Cuántas crueldades, cuántos excesos debía tener que vengar para conducirse como una cuadrilla de antropófagos! Era una expiación de diez siglos de delirio, escribe el conde de Mirabeau al conde de La Marck (2). ¿Debe acusarse al pueblo? *Las Revoluciones de París* responden á nuestra pregunta: «Cuando se piensa que el pueblo comía pan amasado con ceniza y polvo, mientras que toda aquella noble canalla no sabía muchas veces en qué gastar el escandaloso superfluo que les facilitaba el Tesoro real bajo forma de pensiones, se siente casi estallar la ira» (3). Leemos en *La Historia de la Revolución por dos amigos de la libertad*, una de las mejores obras acerca de aquella época memorable: «Estos horrores fueron el efecto inevitable de ochocientos años de vejaciones públicas y particulares. Pero no es posible dejar de hacer una reflexión, y es que por una ley constante de la naturaleza existe entre todos los seres una serie eterna de reacciones; que los crímenes de los enemigos de la humanidad caen sobre sus cabezas y sobre las de sus hijos, y que los opresores de los hombres siembran para su posteridad un germen de desgracias y calamidades» (4).

VI.

Hay una terrible verdad en estas reflexiones. Si; toda opresión recae sobre los opresores. Pero hay que añadir que la opresión produce un mal de igual consideración á los oprimidos. Los antiguos decían que la esclavitud priva al esclavo de la mitad de su alma: le envilece á la par que corrompe al amo. La dominación de la nobleza bajo el antiguo régimen tuvo una consecuencia igualmente fatal para la nación. Sucedió lo que es inevitable, que las malas pasiones de la aristocracia encendieron las malas pasiones del pueblo. El espíritu de la nación se vició profundamente. Ya bajo el antiguo régimen lo hizo notar un filósofo: «Estamos go-

(1) MARQUÉS DE FERRIERE, *Memorias*, lib. II.

(2) MIRABEAU, *Correspondencia con el Conde de la Marck*, t. I, p. 257.

(3) *Las Revoluciones de París*, núm. 25, p. 18 (26 de Diciembre de 1789).

(4) *Historia de la Revolución*, por dos amigos de la libertad, t. II.

bernados, dice Helvetius, por corporaciones hereditarias. Hasta los filósofos quisieran formar corporaciones... *Todo el mundo sabe que es esclavo, pero vive con la esperanza de llegar á su vez á ser despota»* (1).

Un enemigo de la Revolución, observador ingenioso, dice lo mismo. Rivarol confiesa que las quejas de la nación contra el antiguo régimen eran numerosas: impuestos, reales cédulas de prisión, abusos de autoridad. Sin embargo, ¿quién lo creería? dice, no son todas esas vejaciones las que más han irritado á la nación, sino la preocupación de la nobleza, hácia la cual ha manifestado el mayor odio. Rivarol saca la consecuencia de que la clase media, los literatos, los hacendistas, y todos los que tenían envidia á la nobleza, son los que suscitaron contra ella al pueblo bajo en las ciudades y á los aldeanos en los campos. Pero á la vez que odiaba á los nobles, el estado llano ambicionaba los privilegios de la nobleza: «Las gentes de talento y las gentes ricas encontraban insostenible la nobleza, y la mayor parte la encontraban tan insostenible que acababan por comprarla» (2).

Solamente los ricos podían comprar la nobleza; pero todos deseaban salir del estado de pecheros; todos desdeñaban el trabajo agrícola ó industrial, y aspiraban á ser funcionarios para ser algo, y sobre todo, para dominar á su vez. Mirabeau lo dice en su lenguaje un poco cínico: «Todos los franceses quieren colocación ó dinero» (3). Esta manía de engrandecerse era tan universal, que se manifestaba hasta en los niños, los cuales imitan siempre, instintivamente, lo que ven hacer á los mayores. En las *Revoluciones de París* del mes de Agosto de 1789 encontramos un hecho curioso que pinta admirablemente la nación. Los niños, á imitación de la clase media de París, formaron guardias nacionales, pero todos querían ser oficiales. Un día dos chicuelos se estaban batiendo desesperadamente hasta el punto de que corría la sangre; preguntóseles el motivo de la contienda, y uno de ellos contestó: *Hace más de una*

(1) HELVETIUS, *Carta á Montesquieu*, París, 1789, p. 14.

(2) RIVAROL, *Memorias*, en la *Colección de Memorias relativas á la Revolución francesa*, de BERVILLE, t. XXXV, p. 52 y sig.

(3) MIRABEAU, *Correspondencia con el Conde de la Marck*, t. I, p. 91.

hora que me toca ser CORONEL» (1). Los franceses, gracias á la aristocracia y á su vanidad innata, se habian convertido en un pueblo de *coroneles*.

Ya se ve lo que era el espíritu de igualdad alimentado, fomentado, sobreexcitado por el antiguo régimen. Era una falsa igualdad, como la que reinaba en las repúblicas de Grecia y de Roma; todo el mundo queria mandar, y nadie queria obedecer; todos hubieran querido ser *coroneles*; pero ¿cómo arreglarlo no pudiendo serlo todos? Separando á los antiguos *coroneles* y ocupando sus puestos. En las repúblicas de la antigüedad la aristocracia oprimía á los hombres que pertenecian al partido popular; el pueblo á su vez, cuando era el más fuerte, oprimía á los aristócratas. No habia conciliacion posible entre hombres que ambicionaban todos la dominacion. La Francia, durante la Revolucion, presenta el mismo espectáculo. Sièyes llama á la vida política al estado llano, le invita á no esperar nada más que de sus luces y de su valor. Muy bien. Pero ¿qué hará el estado llano si entra en el gobierno? Sobre poco más ó ménos, lo que hubieran hecho los nobles. Los aristócratas del antiguo régimen no querian compartir el imperio con los pecheros. A su vez los pecheros dicen á los nobles por boca de Sièyes: «No; ya no es tiempo de trabajar en la conciliacion de los partidos. ¿Qué armonía puede esperarse entre la energía de los oprimidos y la rabia de los opresores? Se han atrevido á pronunciar la palabra *excision*. Han amenazado al rey y al pueblo. ¡Ah! ¡qué fortuna sería para la nacion, que fuese una verdad para siempre tan deseada *excision*! ¡Cuán fácil sería prescindir de los privilegiados! ¡Cuán difícil será convertirlos en ciudadanos!» (2).

¡Nada de conciliacion! ¡Feliz la Francia si quedará limpia de nobles! Hé aquí el deseo que formula uno de los hombres de 1789, á quien no se negará inteligencia, Sièyes, que comentó la Declaracion de los derechos. ¡Qué señal de los tiempos! ¡Cuánta luz arroja este deseo impío sobre el estado de los ánimos en Francia! La nacion aspiraba á la libertad. Pero bajo el nombre de libertad comprendia la igualdad, y áun la igualdad que deseaba estaba profun-

(1) *Las Revoluciones de París*, núm. 6 del 16 de Agosto de 1789, p. 12.

(2) SIÈYES, abate, *¿Qué es el estado llano?* c. VI.

damente viciada por la ambicion de dominar. La Revolucion llegó á ser una obra de destruccion, porque no habia en los ánimos plan alguno de conciliacion. Hé aquí por qué la Francia aplaudió con entusiasmo los decretos del 4 de Agosto. Aquella noche famosa realizaba las esperanzas universales, la abolicion de todos los privilegios; hacía tabla rasa. Merecen leerse en los periódicos de aquella época los clamores de triunfo que acogieron aquellos decretos; nada pinta mejor las aspiraciones y las tendencias de la nacion. Escuchemos á las *Revoluciones de París*:

«La embriaguez de la alegría ha invadido inmediatamente todos los corazones. Felicitábanse unos á otros, llamaban con entusiasmo á nuestros diputados los padres de la patria. Parecia que iba á lucir sobre la Francia un nuevo día. En fin, aunque se esperaban todos los bienes de la sabiduría de la Asamblea nacional, parecia que se acababa de recibir de ella un beneficio inesperado. Se han formado grupos en casi todas las calles de importancia. Cerca de todos los puentes se esperaba, por decirlo así, á los pasajeros para noticiarles lo que tal vez hubieran ignorado hasta el día siguiente. Se gozaba difundiendo la alegría» (1).

¿Por qué duró tan poco tan generosa embriaguez? Si la Francia hubiera aspirado realmente á la libertad, hubiese debido quedar satisfecha. La Asamblea nacional se la dió, por mejor decir, comprendia que la libertad no se da, declaró los derechos del hombre, y tuvo cuidado de remover todos los obstáculos que podian impedir á la nacion su ejercicio, rompió todos los vínculos, todas las cadenas que se les oponian. La libertad no pedia más al legislador, pero por lo mismo tiene que hacer más esfuerzos sobre sí misma, porque solamente luchando llega el hombre á ser libre. No sucede lo mismo con la igualdad, al ménos con la falsa igualdad á que aspiraba la nacion francesa á imitacion de las repúblicas antiguas. Esta no se ve nunca satisfecha, porque aspira á la igualdad de goces; tiene envidia de toda superioridad, de toda distincion, y al mismo tiempo quiere para sí misma las distinciones que envidia en los demas. Hé aquí un abismo de deseos; cuanto más se intenta llenarlo, más se ensancha, porque los deseos del

(1) *Las Revoluciones de París*, núm. 4, p. 23.

hombre se irritan á medida que se los satisface y no se detienen sino ante lo imposible. El que no pide más que gozar, no ve siquiera que se propone un imposible, y es preciso que las leyes de la naturaleza vayan á poner un freno á sus apetitos desordenados. De la misma manera los pueblos, una vez lanzados en este funesto camino, no se detienen; despues de la igualdad de derecho, piden la igualdad de hecho; pero como ésta consiste en definitiva en la dominacion de cada uno sobre todos, se va á parar á la anarquía, y la anarquía conduce fatalmente al reinado de la fuerza.

Los destinos de la nobleza estaban intimamente relacionados con los de la antigua monarquía. Despues de haber destruido la nobleza, se destruyó el poder real, siempre en nombre de la igualdad. El 22 de Setiembre de 1792, día en que fué proclamada la República, el autor de las *Revoluciones de París* escribió estas significativas palabras: «Somos los primeros y los únicos que damos á nuestra República por bases *las santas leyes de la IGUALDAD*. Los primeros y los únicos que fundamos un gobierno completamente fraternal..... ¿Qué es la República? En su verdadero sentido, es el mejor de todos los gobiernos, porque es *el gobierno de todos*» (1).

La Francia tiene la República, tiene la igualdad, que, á sus ojos, es el bien supremo. ¿Está satisfecha? Los hombres de 1793 echaron de ver muy pronto que la nobleza y el poder real no se destruyen por un decreto; era menester destruir los reyes y los nobles. De aquí las matanzas y la guillotina. La nación, benévola en el fondo y dulce, se cansó de matar; pero quedó imbuida en sus fatales errores; necesitaba la igualdad á toda costa. No todos los nobles habian emigrado; los que quedaron en Francia ejercian una influencia muy grande por su fortuna, por el prestigio inherente á las familias antiguas. Este era un elemento de contrarrevolucion, porque era un foco de aristocracia, al paso que la Revolución queria la igualdad ante todo. ¿Qué hacer? Los revolucionarios, entre los cuales habia un hombre de 1789, Siéyes, concibieron el proyecto de desterrar á los nobles en masa. No hay en toda la historia de la Revolución un hecho de más importancia. Debemos insistir en él, porque nos da á conocer el genio de la

(1) *Las Revoluciones de París*, núm. 168 del 22 de Setiembre de 1792, p. 67.

nación francesa y las causas que hicieron fracasar el magnífico arranque de 1789.

Despues del golpe de Estado del 18 fructidor, se nombró una comision de siete individuos, especie de comité de salvacion pública, encargada de buscar los medios de consolidar la República y de ponerla al abrigo de las conjuraciones realistas. El informe de Boulay nos dirá cómo pensaban organizar la igualdad los republicanos (1). Es una larga invectiva contra la nobleza. Los nobles tenian la pretension de ser los descendientes de los conquistadores de la Galia. Este título de orgullo va á convertirse en un título de proscripcion. ¿Qué son esos vencedores de Roma? dice Boulay. Un monton de bárbaros que invadieron las Galias á la manera de una tropa de bandidos. ¿Qué han hecho de los galos? «Nos han reducido á la más humillante servidumbre; nos trataban como animales de carga; habian apagado la antorcha de las artes y de las ciencias; habian establecido su dominacion sobre la de la ignorancia y la barbarie. Hé aquí cómo hemos sido tratados por ellos durante siglos.» Si los galos hubieran tenido fuerza, ¿no hubieran tenido derecho para rechazar de su seno á aquellos bandidos? Pues bien, seguimos siendo los galos frente á frente de los germanos. Tenemos la fuerza de que carecian nuestros antepasados. ¿Por qué no hemos de hacer uso de ella? ¿No son las represalias un acto de justicia?

¡Represalias al cabo de catorce siglos! Esto supone que la nación, desde la invasion de los bárbaros, ha vivido constantemente en un estado de guerra. Tal era, en efecto, la situacion de la Francia segun los republicanos. No remontaremos con ellos hasta el antiguo régimen. Sabemos que sus teorías históricas son falsas; sabemos que no es cierto que los vencedores de los galos hayan constituido por sí solos la nobleza (2). Pero ¿quién tuvo la iniciativa de este error? Los aristócratas, en una época en que de ningun modo pensaban que un día el error habia de volverse contra ellos. Si los nobles no eran los descendientes de los germanos,

(1) *Monitor universal* del 24 vendimiario, año V.

(2) Véase el tomo VI de mis *Estudios sobre la Historia de la Humanidad*. (*Los Bárbaros y el Catolicismo*.)

no por eso es ménos cierto que la nobleza explotó la Francia bajo el antiguo régimen, como si hubiera sido una propiedad suya; no es ménos cierto que fué siempre la aliada del despotismo real y la enemiga de la libertad. En este sentido, la sociedad se encontraba en un verdadero estado de guerra. La guerra estalló con violencia en 1789. El acusador tenía abundantes pruebas en que fundar su acusación: el no ser admitido á deliberar en los estados generales con los otros dos órdenes; la emigracion, la coalicion de las potencias alemanas contra la Francia; la guerra extranjera, en la que los emigrados combatian entre los enemigos de su patria; la guerra civil de la Vendée. A esta acta de acusacion no habia otra respuesta sino que no se trataba de atacar á los enemigos, puesto que áun andaban errantes por tierra extranjera y sus bienes estaban confiscados; el destierro no podia aplicarse más que á los nobles del interior; y ¿cuál era el crimen de éstos?

¡Su crimen! El ser nobles, y como tales, enemigos natos de la libertad: «Los nobles del interior, dice Boulay, se entienden con los nobles del exterior; los planes, los medios, todo se combina en un centro comun; en una palabra, el poder real sigue en medio de nosotros, y con frecuencia gobierna más que la república; al ménos así sucedia ántes del 18 fructidor. A la verdad, los nobles no forman más que una minoría muy pequeña en la nacion; pero está unida por la unidad de interes, es tenaz y tanto más activa cuanto que las humillaciones y reveses aumentan su furor. Esta conspiracion es, pues, muy formidable; fuera, se apoya en una corporacion poderosa, dueña de la Europa, que gobierna á los reyes y á los pueblos; dentro, los nobles son más ricos que los plebeyos. Ejercen todavía un prestigio que impone al vulgo. La autoridad de la raza, la preeminencia de las distinciones, la extension del derecho, la grandeza de la fortuna, hacian de ellos una especie de divinidades, á las cuales se dirigian los ruegos y los homenajes del mayor número... Los imbéciles y los cobardes se dejaban deslumbrar por todo esto...»

La consecuencia es evidente, y es que hay incompatibilidad radical entre la república y la nobleza. Pero ¿es ésta una razon suficiente para desterrar á los nobles? ¿No son los nobles franceses ciudadanos, y no disfrutaban como tales de los derechos del hombre?

«No, responde Boulay. Los nobles forman una corporacion extranjera, y no deben ser considerados como ciudadanos franceses. Esta corporacion cubre la Europa; los nobles de todos los países están afiliados entre sí por sus pretensiones é intereses. Los nobles franceses no reconocen iguales más que en los nobles extranjeros. No se creen obligados por la Constitucion; la pisotearian si fuesen los más fuertes; sería, pues, una locura aplicarles las disposiciones que les son favorables.» Desgraciadamente, tambien en este punto tenía razon el acusador. La aristocracia es cosmopolita como el clero. Para los curas, la patria es la Iglesia; para los nobles, la patria está allí donde sus privilegios son respetados. ¿Qué les importaban los decretos que habian abolido la nobleza? Lo mismo que á los frailes la abolicion de las órdenes. Los nobles se creian por encima de la nacion soberana. ¿Cómo podian invocar una Constitucion que no reconocian?

Si los nobles no son ciudadanos, ¿qué son pues? Enemigos, dice Boulay. Esta palabra responde á todo. «No se venga diciéndonos que si los nobles son culpables, es necesario juzgarlos. No los acusamos de un delito individual contra la sociedad; los acusamos de ser una clase de hombres que no pertenecen á la sociedad, un enemigo comun sobre el cual hemos recobrado nuestros derechos naturales é imprescriptibles, y que todavía nos los quiere arrebatarse.» Siempre el estado de guerra. ¿No tiene el vencedor el derecho de impedir que los vencidos le hagan daño? De esta manera los republicanos creian que al desterrar á los nobles hacian un acto de humanidad.

«Supongamos, dice Boulay, que los nobles queden vencedores en la guerra que nos hacen. *Nos exterminarian*. Nosotros no queremos más que *expulsarlos*. Este medio es el más humano. Hé aquí, pues, las dos grandes medidas que os proponemos contra los nobles: expulsion del territorio para unos, privacion de los derechos de ciudadanía para los otros. *Si se los juzgase á todos por su mala intencion, se los expulsaria á todos*. Por indulgencia hemos creido deber distinguir los jefes del partido de los soldados de fila. Los jefes son la nobleza principal, la nobleza de la córte, la nobleza con títulos, la nobleza feudal, la que ocupaba los principales puestos, ya civiles, ya militares. Al expulsar la nobleza principal,

no confiscaremos sus bienes, pero creemos que deben ser vendidos. De su producto se retendrá una indemnización para los gastos de guerra; el resto será pagado en mercancías de fábrica francesa. En cuanto á los demas nobles, los privamos de la calidad de ciudadanos, ó por mejor decir, declaramos que no la han adquirido, pero podrán adquirirla llenando los requisitos prescritos en la Constitución para los *extranjeros*, y haciendo una declaración en la cual condenen la nobleza como una *insolente superstición* en los que la *reclaman*, y una *vil y vergonzosa superstición* en los que la *consienten*.)

En el año V, cuando se propuso la expulsión, la Revolución estaba en su período de decrecimiento; solamente los jefes continuaban animados del verdadero espíritu revolucionario. Los amigos de la libertad opinaban que el destierro era una pena injusta, puesto que recaía sobre hombres á quienes no se podía probar ningún crimen. La comisión tuvo que retirar esta medida de salvación pública, con gran sentimiento de Siéyes. La idea nada más es un acontecimiento, porque revela el error que perdió á la Francia. Toda una clase de ciudadanos, los más ricos, los más considerados, eran puestos fuera de la ley, y ¿por qué? Precisamente porque eran ricos y considerados y porque no querían la república. La república ó la igualdad era un ídolo al cual se sacrificaba la libertad. Porque, ¿era posible hablar de libertad cuando los ciudadanos eran castigados sin juicio con la pena más cruel? Hay algo que aterra en el lenguaje de los revolucionarios: «El que no es de mi especie, decía Siéyes, no es mi semejante; un noble no es de mi especie, luego es un lobo, contra el cual dirijo mis tiros» (1). En el año V los republicanos opinaban que los nobles no eran de su especie; bien pronto los comunistas opinaron que los propietarios eran los enemigos del género humano y que era muy legítimo atacarlos. Estos extravíos viciaron la conciencia general hasta tal punto, que en 1848 hombres moderados, hombres á quienes el estudio de la historia hubiera debido ilustrar acerca de las terribles consecuencias de aquellas doctrinas anárquicas, decían con gran tranquilidad que era necesaria una nueva emigración. ¿Una

(1) DE BARANTE, *Historia del Directorio*, t. II, p. 435.

emigración de qué? De propietarios. ¿Y por qué? Para satisfacer los apetitos de los proletarios, socialistas y comunistas. ¿Quién no ve que esto es el reinado de la fuerza pura? Puesto que la sociedad era una guerra, tanto en el interior como en el exterior, la dominación militar era una necesidad fatal. Hay más. En semejante anarquía la dominación militar es el único medio de salvar la sociedad de la disolución. En Roma los Césares tuvieron una legitimidad relativa, á la manera que el veneno que emplea legítimamente el médico para salvar á sus enfermos, aun cuando destruya su constitución. ¡Dios libre á las naciones de semejantes medios de salvación! La Providencia ayuda á los que se ayudan á sí mismos. Conténtense los pueblos con la verdadera libertad y la igualdad de derechos, única posible, y podrán por sí mismos ir haciendo su destino, destino glorioso, puesto que consiste en desempeñar la misión que Dios ha dado á los hombres, la de perfeccionarse con el sudor de su rostro.

VII.

Hay una igualdad santa, la que reconoce en todos los hombres igual derecho, y acepta las superioridades del talento, de las posiciones sociales, sin envidia. ¿Es ésta la igualdad que favoreció, según dicen, el antiguo poder real? ¿Es ésta la igualdad, tal como la nación francesa la desea? El hombre de la igualdad aparece en la escena, el hombre á quien idolatra la Francia, porque le ha dado la igualdad. De libertad nadie se acuerda. En revancha, Napoleón habla siempre de la igualdad; la aspiración á la igualdad es, según él, la esencia de la Revolución. Escuchemos la proclama del 16 mesidor del año X: «¡Franceses! el 14 de Julio comenzó en 1789 los nuevos destinos de la Francia. Después de trece años de trabajos habeis vencido todos los obstáculos, y se han realizado vuestros destinos. En el interior *no hay cabeza que no se humille bajo el imperio de la igualdad*... En el exterior no hay enemigos...» (1). Los mártires de 1789, los vencedores de la Bastilla, si hubieran podido resucitar, hubieran tenido el derecho de

(1) NAPOLEÓN I, *Correspondencia*, t. VII, p. 660.

protestar; querian la igualdad ciertamente, pero querian tambien la libertad; ¿no habian tomado la Bastilla por conquistar la libertad? En el año X no quedaba más que la igualdad como conquista de la Revolucion. Napoleon declaró en el Consejo de Estado que los franceses no habian deseado nunca otra cosa: «La Francia desea ante todo la igualdad. Se objetará que la desigualdad ha durado catorce siglos; pero basta consultar la historia desde los Galos hasta nuestros días: en todos los movimientos, en todas las revoluciones, el pueblo ha manifestado siempre estas pretensiones» (1).

Napoleon no se equivocaba, pero es menester ver para qué sirve este amor á la igualdad. Por amor á la igualdad abolió la Convencion el poder real, y para hacer ver á la Europa monárquica que no queria más reyes, envió á Luis XVI al cadalso. Sin embargo, restablece el poder real bajo el nombre de imperio. ¿Qué ha variado? Un poder real salido de las filas del pueblo sustituye á un poder real que contaba entre sus ascendientes á San Luis y á Enrique IV. Esto es todo lo que gana la igualdad. Los soldados del gran emperador hacen lo mismo; necesitan tambien tronos. Veamos un general de la república: Napoleon lo ha hecho mariscal. Esto no basta á la ambicion de Massena. La víspera de la batalla de Wagram, el Emperador dijo al general Dumas: «Massena ha adquirido bastante gloria y honor; no está contento; quiere ser príncipe como Murat. Mañana lo hará todo para ser príncipe. Este es el móvil de los franceses: *la nacion es esencialmente ambiciosa y conquistadora*» (2). ¡Singular amor de la igualdad! El baston de mariscal no es bastante para los franceses, todos quisieran ser príncipes. Napoleon dará satisfaccion á esta pasion de grandeza: ¿será por esto por lo que la nacion le tributa una especie de culto?

El 25 floreal del año X el primer cónsul hizo presentar un proyecto de ley, creando una *Legion de honor*. Estábase aún en plena República. Este primer origen de distinciones no fué del gusto de los republicanos, ni aún de los que formaban parte del Consejo de Estado: «Las distinciones, dice Berlier, son los juguetes de la

(1) *Palabras de NAPOLEON al presentar el proyecto de Senado-consulta del 16 termidor, año X, al Consejo de Estado.* (BUCHÉZ Y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolucion francesa*, t. XXXVII, p. 458.)

(2) MATHIEU DUMAS, general, *Recuerdos*, t. III, p. 362.

monarquía.» «Desafío, respondió el primer cónsul, á que se me cite una república antigua ó moderna en la cual no haya habido distinciones. A esto llaman juguetes. ¡Pues bien, con juguetes se gobierna á los hombres! Yo no diré esto en una tribuna, pero en un Consejo de sabios y de hombres de Estado se debe decir todo. *No creo que el pueblo frances desee la libertad y la igualdad.* Los franceses no han cambiado en diez años de revolucion; no tienen más que un sentimiento, *el honor*..... Es preciso, pues, dar alimento á este sentimiento; necesitan *distinciones*. Ved cómo se humilla el pueblo ante los *ciñajos* de los extranjeros: les han sorprendido; así es que no se abstienen de llevarlos.....» (1). ¡De modo que la nacion francesa ha hecho la Revolucion para tener *ciñajos*! ¡Y al hombre que se llamaba heredero de la Revolucion no se le ocurría nada mejor que crear primeramente caballeros, despues barones y condes, duques y príncipes! ¿Es ésta la mision de los hombres á quienes llama grandes la humanidad? ¿Era conveniente halagar una pasion nacional que rebaja los caracteres y deprime las inteligencias? Vamos á ver el fruto de esta aficion á las distinciones, de esta aficion á la igualdad que reclama honores.

Apénas era cónsul Napoleon, y ya la voz de la lisonja se dejó oír, allí donde no hubiera debido oírse más que la voz de la verdad. Algunos tribunos se habian atrevido á elogiar á Camilo Desmoulins y á la Convencion. ¡Qué palabras tan inconsideradas! exclama Riouffe, convencional tambien, pero convertido á la doctrina de Bonaparte: «Él tambien alabará, pero alabará lo que alaba el universo entero. Tendrá un valor *de nueva especie*, el de alabar al genio en el seno del poder y de la victoria; alabará á aquél que ha alcanzado para la nacion francesa el renombre de grande; á aquel que es el producto de la bravura de los bravos por excelencia, que ha nacido de los ejércitos, como si estuviera escrito en los decretos del destino que todo lo que es grande y generoso nos ha de venir de ellos..... Yo proclamaré que es grande, clemente y justo; grande, porque habiendo apénas cumplido treinta años, ha llenado el mundo con sus triunfos, sobrepujado á los más grandes capitanes de la antigüedad, cuyas huellas ha dejado atras, en su

(1) THIBAudeau, *Memorias sobre el consulado*.

rapidez maravillosa, las de Aníbal en Italia; las de César en Africa; las de Pompeyo en Asia. » La hinchazón del lenguaje es igual á la bajeza de las ideas. Bonaparte acababa de violar el santuario de la Asamblea nacional, acababa de hollar con sus piés la Constitución, y en este momento se atreve un tribuno á elogiar al ejército y á su jefe! Prosigue en el mismo tono, y todavía encuentra alabanzas para el vencedor del 18 brumario; celebra su clemencia, como si hubiese vencido á enemigos armados, siendo así que sus granaderos habian expulsado á la bayoneta á los representantes de la nación! (1).

Los aduladores del primer cónsul preludiaban el servilismo del imperio. El Tribunado fué el que, por una ironía de la suerte, propuso poner fin á la República. No hubo más que un solo hombre que tuviese el valor de votar contra el restablecimiento del poder real; todos los demas tribunos emplearon su *valor*, como Riouffe, en adular la fuerza, en incensar al que repartía los favores. Escuchemos á Chabot, el orador del Tribunado, en el acto de presentar al gobierno los votos de los tribunos: « Bien pronto el pueblo entero manifestará su voluntad suprema. ¿Y cómo no se habia de apresurar á unir á sus destinos, por medio del vínculo más duradero, al hombre cuyo valor y genio han obrado ya tantos prodigios; que, siempre vencedor á la cabeza del ejército, fué siempre grande y magnánimo á la cabeza del gobierno; que *salvó la libertad pública*, restableció la moral y la religión, y que quiere además añadir á tantos beneficios el de consagrar su vida entera á la felicidad de sus conciudadanos!» (2). No continuamos esta lamentable historia de la servidumbre voluntaria de un gran pueblo. En tiempo del imperio desapareció el Tribunado, y en ello no perdió nada la libertad. El Cuerpo legislativo tenía la misión de ser mudo. Cuando por casualidad recobraba la palabra, era para algun acto de bajeza.

(1) *Archivos parlamentarios*, Recopilación completa de los debates legislativos y políticos de las Cámaras francesas, de 1800 á 1860, t. I, p. 35.

(2) BUCHEZ Y ROUX, *Historia parlamentaria de la Revolución francesa*, tomo XXXVIII, p. 491.

VIII.

No queremos terminar este triste asunto sin dirigir una mirada á lo pasado, que explique y excuse por ciertos conceptos los desfallecimientos de la Revolución. ¿Cuál es la causa primera del fatal error que confunde la igualdad con la libertad? La dominación orgullosa y opresiva de la antigua aristocracia. De aquí la constante alianza del estado llano y del poder real, que dió á la clase media consideración, poder, riqueza, pero sin darle la igualdad verdadera, puesto que la igualdad no es más que una burla cruel donde no hay libertad. La coalición del pueblo y de los reyes dió por resultado el despotismo más absoluto. Aun en visperas de la Revolución Luis XVI proclamó á la faz del Parlamento la doctrina de la soberanía real en términos que equivalían á las famosas palabras de Luis XIV: *El Estado soy yo*. Luis XVI dice que los principios universalmente admitidos por la nación demostraban que *solamente al rey pertenecía el poder soberano en su reino; que éste no era responsable más que á Dios únicamente del ejercicio del poder supremo; que el vínculo que unía al rey y á la nación era indisoluble por su naturaleza; que los intereses y los deberes recíprocos entre el rey y sus súbditos no hacían más que robustecer la perpetuidad de esta unión; que la nación tenía interés en que los derechos de su jefe no sufriesen menoscabo; que el rey era jefe soberano de la nación, y estaba identificado con ella; en fin, que el poder legislativo residía en la persona del soberano sin dependencia ni asociación de nadie*» (1).

Hé aquí unos hechos y unas pretensiones que deben tenerse en cuenta cuando se juzga á los hombres y á las cosas de la Revolución francesa. La Revolución se hizo contra el despotismo real y el orgullo aristocrático. Se propuso, ante todo, fundar de muy diferente manera el poder soberano. La omnipotencia residía en el rey; se quiso arrancársela para dársela al pueblo. No se advirtió que el mal estaba en el poder ilimitado; que este poder en ma-

(1) Sesión del rey, en su Parlamento de París, del 19 de Noviembre de 1787. (*Introducción del Monitor universal*, p. 264 de la reimpression.)

nos del pueblo sería una tiranía, como había sido una tiranía en manos de los reyes. Así, pues, se luchaba por el poder más bien que por la libertad. ¿De quién es la culpa? ¿No era el poder real el que había extraviado á la nación? Y si la nación se había dejado corromper, ¿no debe recaer la responsabilidad principalmente sobre la aristocracia? En Inglaterra se vió á la nobleza feudal hacer causa comun con el pueblo contra el poder real. ¿Por qué no sucedió lo mismo en Francia? Mirabeau responderá á esta pregunta: « Un puñado de ciudadanos interesados quieren reorganizar el pueblo de Francia segun aquéllas órdenes que clasificaban á la nación en dos especies de hombres: *los opresores y los oprimidos.* » Esto eran en el antiguo régimen la nobleza y el pueblo. La reaccion de los oprimidos contra los opresores es fatal, y la responsabilidad no recae seguramente sobre los oprimidos. Lo que es igualmente fatal es que los oprimidos, cuando llegan á dominar, tienen tendencia á ser á su vez opresores; la libertad para ellos consiste en el ejercicio del poder; se lo quitan á la monarquía y á la nobleza para ejercerlo en su beneficio. Hé aquí cómo, por un concurso de circunstancias históricas, el movimiento del 89 condujo á una lucha por la igualdad social, es decir, por la dominación.

Preguntamos: ¿qué es la Revolucion? Es una era nueva que se abre, era de libertad y de igualdad. Dicese que ha pasado; con este motivo unos la rechazan, otros se desaniman. Abran los ojos y vean. La Revolucion es tambien una gran leccion; si los pueblos quieren aprovecharse de sus beneficios, es preciso, ante todo, que utilicen la enseñanza de la historia. La Revolucion ha fracasado, porque la nación que ha derramado su sangre á torrentes desde 1789, pretende una quimera, una falsa igualdad; el día en que comprenda, por sus propios sufrimientos, que no es el placer, sino el libre desenvolvimiento de las facultades humanas lo que constituye el fin de la humanidad, la Revolucion volverá á seguir su curso tal y como lo ha comenzado en los magníficos días del 89, y los historiadores no tendrán ya que preguntar por qué ha fracasado, y solamente tendrán que celebrar sus triunfos.

LIBRO II.

¿DE DÓNDE PROCEDE LA REVOLUCION?